

SANTIAGO DE CHILE, DOMINGO 7 DE JUNIO DE 2020

CECILIA VALDÉS URRUTIA

La primera obra en la que Christo y su esposa, Jeanne Claude, envolvieron un paisaje fue "Costa empaquetada", en 1969, en Australia. Eligieron acantilados en una extensión de tres kilómetros y los cubrieron con 90 mil metros de tejido sintético que ataron a los roqueríos con miles de cuerdas de color naranja. La monumental instalación caía en las rompientes del mar, junto al oleaje. Christo había transfigurado temporalmente ese paisaje en otro nuevo, inquietante y misterioso. A varios, incluso, les hizo percibir una extraña belleza y sensualidad en el lugar, al estar cubierto los acantilados con esas telas que simulaban la piel humana.

Esa envoltura de un escarpado y enorme paisaje de roqueríos era algo nuevo y revolucionario en el arte. Como lo fueron las asombrosas obras que siguieron haciendo Christo Vladimirov Javacheff junto a su mujer Jeanne Claude Denat, las que aportaron no solo una nueva percepción de los lugares naturales y urbanos, sino que una innovadora concepción de los proyectos de arte, de su desarrollo y ejecución.

Poseedoras de una misteriosa belleza y libertad, entre las obras más inquietantes y seductoras que realizaron estuvieron el monumental empaquetamiento del edificio del Parlamento alemán; los envoltorios del Pont Neuf de París y de parte de la Muralla Aureliana en Roma. También las instalaciones en islotes deshabitados en el mar; en las gargantas de las montañas del Colorado; en el Central Park de Nueva York; en un bucólico campo en Suiza, contiguo al Museo Beyeler, diseñado por Norman Foster. Y más.

Un land art misterioso y efímero

Christo Vladimirov Javacheff nació el mismo día que su mujer y coautora de las obras, la francesa Jeanne Claude Denat, un 13 de junio de 1935 (ella murió en 2009). Pero Christo era búlgaro. Provenía de una familia de la élite intelectual de su país. Ingresó a estudiar a la Academia de Bellas Artes de Sofía. "Pero el sistema de estudio intervenido por la dictadura comunista soviética era decepcionante y asfixiante", confesaría después. En 1957 huyó de Bulgaria escondido en un camión. Llegó a París donde conoció a Jeanne Claude, con quien se casó muy luego.

Su arte partió con la pintura. Pero solo alcanzó a hacer unas pocas piezas monocromas. Pronto se encaminó hacia proyectos más conceptuales y rupturistas. Empezó por envolver pequeños objetos: botellas, revistas, sillas. Involvió también a algunas personas, sobre todo modelos. Y en 1961 le resultó imperioso el deseo de envolver paisajes naturales y urbanos, y edificios públicos. Un año después hizo una instalación precursora en el land art, destaca la historiadora del arte española Anna María Guasch. "Se trató de un muro con bidones pintados que interrumpía el tráfico en la calle Visconti en París. Él que aludía y denunciaba la reciente construcción del Muro de Berlín", escribe Guasch en "El último arte del siglo XX". Siguió con las instalaciones y embalajes en diversos lugares urbanos y paisajes. Pero la obra de Christo —que muchos sitúan como protagonista del land art— aportaría un matiz propio a esa corriente del arte contemporáneo, en la que el paisaje y la obra están estrechamente unidos. "Sus empaquetamientos de lugares se diferencian de la mayoría de las obras del land art porque lo embaldado no sufre allí modificación alguna", afirma la investigadora.

"Es un land art sumamente refinado y particular —precisa el crítico de arte Waldemar Sommer—. Porque en ese cambio que produce en la percepción del paisaje está creando una nueva realidad hermosa, más onírica, surreal". Es una realidad fugaz impregnada de misterio, que seduce al espectador y lo lleva a una nueva mirada.

Unido al paisaje, a sus luces, vientos y mareas

Christo y Jeanne Claude respetaban profundamente el entorno y buscaban realizar la belleza, que en los años 60 y 70 no era muy bien vista en el ambiente conceptual del arte. Pero ambos, ajenos a modas, afirmaban: "Buscamos conseguir una obra de alegría y belleza".

Los materiales y el uso del color estaban en sintonía perfecta y a la altura del lugar que querían intervenir con sus instalaciones. Y aunque sus obras superaban los formatos de la arquitectura, esa disciplina y la nueva escultura (la que se expande hacia la instalación) protagonizaban sus trabajos.

"Nuestros proyectos tienen una dimensión estética: son dinámicos. Pero una acción dinámica es siempre muy frágil, como el nómada que vive en el desierto una semana y después se va. Es una dinámica física que se relaciona también con el material principal que usamos, la tela, porque se mueve con el viento, cambia con la luz. Es ligera, le permite al aire desplazarse", señalaba Christo. Una de las piezas de land art más logradas fue "The Running Fence", realizada en 1976, en la que crearon una imagen con una tela blanca que atravesaba más de 40 kilómetros del valle de California. Y se transfiguraba con el viento y la luz, mientras serpenteaba al cruzar las colinas. Terminaba en el mar.

También quisieron empaquetar los bordes de 11 islotes deshabitados de Key Biscayne y lo hicieron con plataformas flotantes de color fucsia. Marcó un antes y un después en la actividad artística en Miami. En otra obra instalaron tres mil paraguas amarillos en unas colinas de Japón, inundándolas de ese color. Y cubrieron con paneles naranjos el Central Park de Nueva York invitando al público a tener nuevas experiencias estéticas.

"The Floating Piers" fue una de sus más recientes instalaciones: una suerte de muelle con una larguísima pasarela flotante sobre el lago italiano Iseo, cerca de Milán. Christo y Jeanne Claude



"Surrounding island", emblemática obra en la que intervino el islote en Key Biscayne.



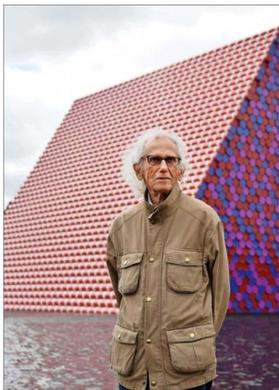
Inundó de paneles de color naranja el Central Park e invitó a disfrutar de nuevas sensaciones. Él vivía en Nueva York.

FIGURA CLAVE DEL ARTE Escultor de una nueva realidad fugaz

CHRISTO

el artista que envolvió el paisaje

"Nuestras obras son fugaces y constituyen un manifiesto poético de la libertad", dijo Christo. El genial artista de origen búlgaro, fallecido hace una semana, transfiguró paisajes en realidades surreales, monumentales y misteriosas.



Christo y su reciente obra escultórica "Mastaba", la que emplazó en el lago Serpentine, en Londres.



Unió lugares como las gargantas en el Colorado.



La envoltura del Reichstag en Berlín marcó un hito mundial. "Quería convertirlo en una obra de arte" afirmaba el artista.



Empaquetó decenas de árboles cerca del Museo Beyeler, al norte de Basilea.

Artista visual y crítico chileno con Christo

"El arte no es un trabajo, es algo que no se puede dejar. Tiene que ver con ser", confesaba el artista. Esa misma percepción tuvo de él la artista chilena Carolina Edwards. "Fue a fines de los años 70 cuando me tocó ir a Washington con mi ex marido escultor. Él había obtenido una mención honrosa en el concurso para el monumento a los caídos en la Guerra de Vietnam. Y recuerdo que estábamos en el parque cuando se acercaron Christo y su mujer, Jean Claude. Era muy sencillo, muy llano. Pasamos todo ese día hablando de arte público. Nos invitó luego a su casa para mostrarnos sus proyectos. Tenía muchos dibujos y acuarelas. Podé ver cómo vivía intensamente su arte, implicado en todo, en los permisos ambientales, en las negociaciones políticas, el financiamiento. Todo formaba parte de la obra. ¡Y sus enormes proyectos le resultaban! Él era más soñador; Jean Claude era la pragmática".

Waldemar Sommer conoció a Christo durante una comedia y le llamaron la atención "su callerosidad e ingenio, como cuando me dijo que le fascinaría envolver la cordillera de los Andes". Podría no haber sido una utopía. Le faltó tiempo, quizás.

buscaban producir en los miles de asistentes "una sensación de sentirse flotando al caminar sobre el agua o flotando sobre el lomo de una ballena".

Para escoger los paisajes, Christo tenía que partir por explorar lugares desconocidos y muchas veces inhóspitos. "Si queríamos elegir un río, debíamos antes encontrar 89 de ellos en las montañas rocosas y luego, elegir uno. Si deseábamos colgar una cortina gigante de color naranja entre dos montañas, teníamos que salir a buscar el lugar en medio de los valles del Colorado". Otras veces, viajaban al Asia o al cercano Oriente.

"Ninguna obra nos pertenece"

Pero todos los proyectos eran fugaces. "Ninguno de ellos nos pertenece. El ego es una palabra ajena a nosotros. Porque nuestro trabajo está concebido para ser temporal y queremos transmitir una libertad absoluta".

Esa era una de las razones por las que nunca aceptaron encargos, tratándose de obras de envergadura. Tenían cientos de cajas con solicitudes. Pero rehuían lo impuesto. Y a pesar de la compleja logística que requerían para cada proyecto (en la que empleaban más de 100 personas solo para los montajes), junto a los siderales presupuestos y el tiempo requerido, se autofinanciaban. Lo lograban a través de la venta de los dibujos, grabados, acuarelas, volúmenes y maquetas en torno a los proyectos.

El más espectacular y desafiante fue, para muchos, la envoltura del histórico y monumental Reichstag, el edificio del Parlamento alemán en Berlín. Les tomó 25 años de trabajo, entre los diseños, las esperas y dilatadas negociaciones para los permisos, mandar a hacer los materiales. No era fácil lograr la aprobación ante lo que parecía un proyecto utópico, descabellado e irreverente.

La idea de envolver el Parlamento partió durante sus inicios en el arte experimental, en 1961. "Quería convertir un edificio público en una obra de arte. Las opciones eran un Parlamento o una cárcel. Porque yo venía de la Bulgaria comunista quería hacer algo entre el Este y el Oeste, y Berlín es la única ciudad en donde los dos puntos se cruzan dramáticamente. Además, en 1961 se levantó el muro y el viejo Parlamento alemán quedó dividido en dos. Técnicamente estaba en la zona militar británica y a 14 metros del edificio estaba la zona militar soviética".

El rol que cumplió el Reichstag en la historia del siglo XIX y XX fue decidor. Fue construido por órdenes de Bismarck para ser el primer Parlamento democrático, recordaba. "Después, cuando llegó Hitler, lo mandó a incendiar y culpó a los progresistas y a los comunistas. Él nunca se reunió allí con su consejo. Lo hacía en el teatro de la ópera".

"Pero envolver el Reichstag no tuvo un objetivo político", afirmaba el artista. A Christo le interesaba esencialmente trabajar con ese volumen emblemático en un diálogo estético renovador con el paisaje y con los miles de espectadores que acudirían a verlo. Producir nuevas miradas y sensaciones. "Solo tomamos prestado el lugar". El edificio del Parlamento alemán fue cubierto con más de 100 mil metros de fibras de aluminio, que dialogaban y vibraban con el entorno y las luces. La obra fue contemplada y admirada por más de cinco millones de personas que acudieron allí durante tres semanas que permaneció.

Tenía, ahora, todo listo para envolver el Arco de Triunfo de París, en 2021. Esperaba hacer percibir y llevar a sentir nuevas sensaciones con esa obra que se proyectaba interpelladora y enigmática. Como él mismo dijera: "No hay que buscar significados de ningún tipo. Las artes visuales son inexplicables. Estos proyectos están destinados a ser un manifiesto poético de libertad".